

CONFLICTO GENERACIONAL

POR

ABELARDO DE ARMAS

Yo era uno de estos capilares de los cuales se nos está hablando aquí, esa acción capilar por la cual la más insignificante celulita puede hacer una labor inmensa. Pero no tenía ni idea de Sociología, ni de Religión. Unicamente se me daba bien jugar al fútbol. Me dijeron: «Tú siempre estás rodeado de chavales. ¿qué haces?». «Es el fútbol». «Pues entonces puedes utilizar esto». A través del fútbol fue como me introduje entre aquellos jóvenes. Al cabo de veintiséis años voy a exponerles a ustedes una serie de experiencias basadas en una metodología para la formación de la juventud. Una metodología que incide en cuatro puntos cardinales y que tampoco es original. No es que la haya aprendido yo, ni que haya salido de mí, sino que me la enseñó el mismo Padre Jesuita que me cogió en unos Ejercicios Espirituales, y transformó mi vida como un calcetín al que se da la vuelta. Con el Padre Tomás Morales, autor del método de formación, he tenido el privilegio de estar durante muchos años. Lo que yo he ido observando en él lo he ido introduciendo después en ese vaso capilar que actúa. Esta metodología tiene cuatro puntos: una mística de exigencia, un espíritu combativo, un cultivo de la reflexión y un ejercicio de la constancia. Y todo encaminado a transformar el corazón humano, a transformar al hombre. Porque como se nos dijo aquí, ayer, el mal está dentro y lo que tengo que hacer hoy es *reformarme yo*. El salvador de España soy yo, el salvador de la Iglesia soy yo, la solución a todos los problemas del mundo soy yo; porque si no, siempre estamos pensando, cuando escuchamos una charla, una alocución, una conferencia: «Qué bien le viene esto a fulano». «¡Hombre, si hubiera alguien que cogiera esto y lo llevara a la práctica!».

¡No! Es usted el que tiene que llevar a la práctica lo que escucha, porque si no, hacemos lo que se llama la reforma de las estructuras, charlamos por la reforma de las estructuras; pero las estructuras no se que no es distinto de cada uno de los árboles que lo integran, las reforman, porque las estructurares ¡somos nosotros! Así como un bosque estructuras no son distintas a mí. Es la reforma mía la que yo tengo que hacer.

He aprendido en mis charlas a los botones a colgar las ideas de una percha, percha que es el ejemplo, porque se me distraen rapidísimamente. Como el auditorio que me escucha está cansado, y, por otra parte, la atención, que es «la aplicación de la mente a un objeto» (1), según nos dice Balmes, tiende a irse de un sitio a otro, a mí me gusta, y les pido que me perdonen por ello, ir colgando las ideas de ejemplos. Vamos a poner el primero para ver la importancia de reformar el corazón humano. Un arquitecto estaba un día realizando un proyecto de obras en su casa, mientras su hijo, de diez años, se entretenía jugando a su lado haciendo un avión que tiraba al aire. Cada vez que pasaba junto a la mesa no dejaba de hacerle preguntas. «¿Papá, ¿por qué has puesto ahí esa curva?». «Papá, ¿por qué haces eso?». Y el padre, que estaba un poquito nervioso, cogió de una revista una hoja que tenía un mapamundi, se lo recortó, se lo descompuso por naciones y le dijo: «Mira, hijo, si me recompones este mapamundi te compro una bicicleta». Cuando el niño se fue con todos los recortes, el padre se dijo: «Ahora por lo menos me dejaré un mes tranquilo». Pero a los diez minutos llega el niño. «Papá, toma, ya está todo pegado». «Pero, hijo, ¿quien te ha ayudado?». «Nadie». «¡Pero si es imposible!». «Papá, no me ha ayudado nadie». «Pero, cómo vas a coger tú un rompecabezas que yo no hubiera sido capaz de recomponer y lo has resuelto en diez minutos». «Papá, era muy sencillo. Mira el mapa que has recortado, por detrás tenía un anuncio con la silueta de un hombre. Yo he recompuesto al hombre y he arreglado el mundo». Pues bien. Esto tan sencillo es lo que tenemos que hacer, y ésta es la metodología que El P. Morales imbuyó en mí. Con cuatro puntos cardinales ir a la reforma del hombre. Por eso,

(1) Balmes: *Criterio*.

«conflicto generacional». Pero, bueno, ¿ustedes creen que hay conflicto generacional? ¿Realmente hay conflicto generacional? Lo que pasa es que vivimos en una época conflictiva en la que cuando no hay conflicto se le provoca y cuando lo hay se le encona y se le agudiza para que se agrave. Desde que Gramsci hizo el maravilloso descubrimiento de que con la dialéctica de los enfrentamientos hegelianos en lucha de clases por la economía, no era suficiente, sino que había que llevarla, además, al campo de la cultura, comenzó a ponerse en práctica y los enfrentamientos se han multiplicado. Y así, ahora, hay enfrentamiento entre hombre-mujer, empresario-obrero, ancianos-jóvenes, partidarios del Real Madrid-Atlético de Madrid... Hay que fomentar todo lo que suponga lucha. Ante este panorama lo que tenemos que procurar sencillamente es hacer algo constructivo.

Conflicto generacional. Esto, ¿es algo nuevo? «Cuando los padres se acostumbran a dejar a sus hijos hacer lo que quieren, cuando los hijos desprecian los consejos de sus padres, cuando los maestros tiemblan ante los discípulos y prefieren halagarlos, cuando los jóvenes desprecian las leyes porque ya no reconocen por encima de ellos ninguna autoridad de nada, ni de nadie, entonces está a las puertas el comienzo de la tiranía». ¿Les gustó? Pues es de Platón (2). Se conoce que pasó el túnel del tiempo, se vino a nuestra época actual y nos dejó esto. Luego conflictos generacionales los ha habido siempre. Lo primero es no asustarnos. Hoy hay verdadero complejo de miedo a la juventud. Los educadores temen a la juventud. Los padres temen a la juventud. Los profesores temen a la juventud. Hay una especie de adulación por los jóvenes. Dentro de este viraje que hemos dado para construir una sociedad antropocéntrica y poner al hombre como centro de todo, a su vez, dentro del hombre, la juventud es el centro de todo, quizá porque es mayoritaria y vivimos en la época de los números en que las masas son las que cuentan. Y como el 50% de la población del globo es menor de veinticinco años, de ahí este respeto a la juventud. Pero los jóvenes están deseando encontrar a quien les encauce y saben que es de entre ellos mismos, sobre

(2) Platón: *La República*, VIII, 562c. 563a. 561.

todo desde los veinte años de edad, de donde pueden surgir esos líderes, que, por otra parte, tienen que estar apoyados en otras personas un poco más maduras. Lo que sucede es que esas personas no aparecen, porque a esta juventud, si se la quiere encauzar, hay que exigirle mucho para que encuentren una respuesta a lo que buscan, a ese vacío interior tan tremendo que tienen, y si no se la exige, se la defrauda... A mí me enseñaron a exigirme y a exigir a los demás, y esto es lo que vengo realizando desde hace veintisiete años: exigir a los jóvenes. Con magníficos resultados, porque «al joven, si se le pide mucho, da más; si se le pide poco, no da nada» (3). Este principio pueden ustedes experimentarlo en cualquier latitud, a cualquier escala, en cualquier provincia de España. ¡Siempre da el mismo resultado! ¡Hay que exigir a la juventud! Mis experiencias se han desarrollado en aquellos campos en que la juventud se desenvuelve: campamentos, marchas, cursillos, reuniones, círculos... Voy a contarles una de ellas en el marco de un campamento... Lo primero que yo digo es un principio del P. Morales: «Aquí, lo que se dice, se hace». «Habéis venido a un sitio donde, a diferencia de todo lo que os habían enseñando, esto se cumple. Tú habías entrado en un club y te habían dicho que, si no pagabas la cuota, se te expulsaba. No pagaste la cuota y no se te expulsó. Tus padres te habían dicho que como no aprobaras no irías de vacaciones. Suspendiste y fuiste de vacaciones. En el Instituto te hicieron firmar un contrato: la no asistencia a clase será castigada con la expulsión. No asistes a clase y no te expulsan. Hoy falta el principio de autoridad y todo el mundo hace lo que le da la gana. Aquí, no, hijo mío. Aquí te has encontrado con una persona que lo que dice lo hace. Lo siento mucho por vosotros, pero lo vais a pasar mal. Ahora bien, no quiero cortar vuestra libertad; por eso, si quieres, puedes marcharte. Si te quedas, lo haces libremente y desde ese momento pones en mis manos tu libertad. Si quieres irte, puedes hacerlo, porque eres libre. Pero yo te voy a hacer sufrir». Y les voy poniendo cada vez las cosas más difíciles. «Si tú te quedas aquí, lo vas a pasar mal, francamente mal, así que no quedados por machotada, diciendo: «Es que como este tío ha dicho

(3) *Forja de hombres*, pág. 15; Tomás Morales, S. I.: *Stodium*, 1968.

que esto es para hombres y muy hombres, valientes y muy valientes, si yo me marchó ahora...». No, porque si es que no te marchas y me doy cuenta que te has quedado sólo por machotada, te echo, y eso es peor; así que márchate». Y los chicos se quedan allí. «Pensad, reflexionad. Mirad, esto lo he aprendido en mi propia casa. Una de mis hermanas, cuando estaba embarazada, tuvo un accidente de automóvil. Cayó por un barranco y salió despedida del auto por una ventanilla. Estaba de cuatro meses y no le sucedió apenas nada, tan sólo rotura de clavícula. Pero cuando llegó el momento del parto, cinco meses más tarde, el niño nació con los pies invertidos, hacia atrás. Mi cuñado es médico, y cuando vio al niño, se dio cuenta que aquello no era un defecto congénito, no producto del embarazo, si no de aquel accidente que tuvo mi hermana. Cogió al niño, le enderezó los pies y se los escayoló. Por espacio de quince o veinte días, el niño lloraba, no les dejaba dormir. Pero ahora ha quedado con los pies perfectamente puestos, juega al fútbol, monta en bicicleta, anda, camina, corre, es un niño normal. Es posible que este niño, cuando tenga veinticinco años le diga: "Papá, ¿con quién contaste para hacer uso de mi libertad y ponerme los pies derechos? Me has hecho un desgraciado, porque me hubiera librado de la mili". Desde luego, una ventajilla le ha quitado el padre al hijo, pero él no reniega, está contentísimo, le quiere a rabiar, porque pasó de ser un minusválido a una persona normal». Y les sigo diciendo a los chicos: «Mirad, vosotros venis aquí seducidos por la sociedad actual, con los pies al revés y yo os los tengo que poner bien para que caminéis, para que os encontréis con vosotros mismos y para que os encontréis con aquel final que Dios os ha dispuesto. Por lo tanto, os voy a poner los pies al revés de como los traéis; vais a berrear, vais a gritar, vais a estar hechos polvo, pero al final me estaréis agradecidísimos. Así que no hay más remedio que hacerlo». Los chicos lo aceptan, pero comienzan a pensar que, aunque lo he puesto muy duro, no pasaría de la teoría a la realidad.

Me llamaron los Jesuitas de Madrid a dirigir un campamento suyo. El primer día reuní al campamento y les dije esas palabras que les acabo de decir a ustedes. «Aquí, lo que se dice, se hace. Esta noche, cuando yo toque el silbato para guardar silencio, es silencio, y no quiero oír ni una mosca. El que hable, duerme fuera de la tienda, y

la temperatura es bastante baja». Como estaban cansados y había habido una tormenta, los chicos se durmieron en seguida. Pero al día siguiente me viene el jefe de una tienda y me dice: «Abelardo, los *preus* dicen que no soportan esto y que estás sometiendo al campamento a una tiranía terrible, y que ellos, esta noche, se van al pueblo a pasárselo bien». El pueblo estaba a seis kilómetros de distancia. Esa noche toqué silencio y di las mismas advertencias de la noche anterior. Después me quedé dando vueltas alrededor del campamento. Al cabo de una hora, en la tienda que me habían advertido, empecé a observar movimientos y a oír cuchicheos. Me acerqué y dije: «Los de esta tienda, salid fuera». Se oye dentro: «El jefe de campamento, el jefe de campamento». Salen. «Como se ve que no tenéis sueño, vamos a estar aquí fuera contemplando esta noche tan deliciosa y estrellada». Los tuve a la puerta de la tienda una hora; yo, con ellos. Aproveché para hacer un rato de oración y luego les dije: «Me parece que empieza a hacer un poco de frío. Entrad dentro y coged una manta para que no os quedéis helados». Y yo seguí pasando un poco más de frío que ellos porque no tenía manta. Cuando pasó media hora les dije: «Os vais a acostar, y mañana, como no tenéis sueño, os voy a levantar una hora antes que al resto del campamento, y veremos un amanecer que también es algo delicioso». Al día siguiente los levanté una hora antes y me los llevé conmigo. Había una capilla en un barracón y les dije: «Mirad, os traigo aquí porque el verdadero jefe del campamento no soy yo; el auténtico jefe del campamento, del campamento de un colegio católico, está ahí. Vuestros directores me han dicho que la ilusión de vuestros padres y del colegio es que se os forme como católicos y como católicos activos y militantes. Por eso el director de este campamento está ahí, en ese Sagrario, y os traigo para que penséis aquí si vais a seguir en este campamento en una actitud positiva o negativa... Si estáis en actitud negativa, os echo del campamento y por eso es mejor que libremente os marchéis. Pero si estáis en una actitud positiva, creo que seréis mis mejores colaboradores. Y como sois los mayores, la escuadra *preu* vais a pensar aquí, delante del Sagrario, lo que decidís». Abrí las puertas del barracón. Los dos subjefes del campamento, que eran de mi misma Institución, estaban ya de rodillas delante del Sagrario. A ellos les hizo

un impacto tremendo el verles así. Yo me quedé allí también. Al cabo de una hora, les dije: «Bien, ahora vais a la tienda, os acostáis, y cuando suene la señal, salís de la tienda y no ha pasado nada, porque yo no pienso decir a nadie que esta noche una escuadra en el campamento ha dormido menos. Y vosotros creo que tampoco tenéis que decir nada». Así lo hicieron. Ese día había una marcha. Me fui con esa escuadra y pasé todo el día con ellos sin hacer ningún comentario, como si no hubiese pasado nada, contando chistes, cogiéndoles el macuto... Fueron pasando los días y yo seguía conviviendo especialmente con aquella escuadra. Un día me dicen. «Queremos ir al pueblo pues es el cumpleaños de un chico y queremos hacerle un regalo». «Muy bien, podéis ir, pero no conviene que se entere nadie más en el campamento, pues, si no, parecería que a una norma que he dado hacemos una excepción. Id en el tiempo de deporte y salid como si fuerais a una marcha radial buscando nuevas rutas.» Se fueron. Tenían dos horas para ir y eran seis kilómetros de ida y otros seis de vuelta. Fueron corriendo y volvieron corriendo, A pesar de ello, llegaron tarde a la comida. Como el resto del campamento estaba deseducado (como, por desgracia, estamos deseducados la mayoría de los españoles), se llegaba a comer a la media hora de haber tocado el silbato para la comida. El tercer día había tenido que reunir a todos los acampados para decirles que el que no llegue al primer plato se queda sin comerlo; si llega tarde al segundo, se queda sin primero y segundo plato, y si llega tarde al tercero, se queda sin comer... Y como sabía que no iban a llegar, fui a los cocineros y les dije: «Hagan comida del primer plato sólo para cuarenta, en lugar de para ochenta; del segundo, para sesenta, y del tercero, ya lo comerán todos». Y efectivamente. Al primer plato, cuarenta individuos se quedaron sin comer. Del segundo plato no comieron veinte y el tercero lo comieron ya todos así es que esta vez los que habían ido al pueblo y llegaron tarde se quedaron fuera del campamento. Vino un emisario para decirme que habían pensado no entrar en el comedor y quedarse sin comer. Le contesté: «No, no; id al río, que venís sudando, y bañaros. Después vais a comer; ya he avisado a los cocineros que un grupo llegaría tarde...». Cuando se bañaron, vinieron todo extrañados y por la tarde me llamaron y me dijeron: «Mire, si le ofrecemos una cosa,

¿nos la acepta?». «Depende». «Es que además de un regalo para el que cumplía años le hemos comprado un regalo para usted también». Me regalaron una jarra de madera de artesanía y desde entonces hice una amistad tremenda con los chicos. Sólo uno se quedó sin comulgar el último día y me dijo: «Mire, no comulgo porque todo el campamento sabe quién soy yo en el colegio, y es por no ceder delante de mis compañeros y delante de los profesores, pero sepa que en cuanto salga del campamento yo me confieso; usted ha sido la única persona que me ha reducido en la vida y le guardaré una gratitud inmensa». El último día vinieron los padres de los alumnos y el rector del colegio de los Jesuitas de Chamartín. Cuando recorrieron el campamento y vieron las tiendas, el orden que había, la limpieza, los padres estaban extrañadísimos, y en una asamblea final les dijeron a los chicos: «Pero hijos, ¿qué ha pasado aquí? ¡Pero cómo os han cambiado! ¡Pero si en casa sois desordenadísimos!». Entonces les dijeron los hijos: «Mamá, es que el jefe del campamento, si ve las cosas desordenadas, te hace ponerte un autocorrectivo que ha de ser una cosa que nos cueste: te quedas sin comer un plato, te tienes que bañar por la mañana con agua fría...». Los padres exclamaron: «¡Ah!, pues ya sabemos lo que tenemos que hacer nosotros, lo mismo que hace el jefe del campamento». Y dijeron los hijos: «Qué va, papá, no sois capaces de hacerlo». Y es que «la educación actual —dice Ramiro de Maeztu— es radicalmente mala, porque no enseña a sufrir, sino a gozar» (4). Y los padres aman mal a los hijos en este sentido. Al muchacho hay que exigirle y, por supuesto, exigirle con sentido común. Al principio trataba a los chicos como si fuesen adversarios míos. Luego, poco a poco, fui dándome cuenta que eran mis amigos, que sufrían terriblemente y que tenía que amarles. Porque la juventud hoy sufre, sufre como quizá ninguna de las anteriores generaciones. La juventud actual sufre porque entiende y quiere, pero no puede. Entiende porque su capacidad de conocimiento es muy grande, Hoy con cualquier chaval se entabla una conversación como si fuera una persona adulta. Yo he contemplado a un niño, con su abuelito, en un parque de Madrid. Tendría el niño unos cinco años. Le dice el

(4) *Defensa de la hispanidad*, págs. 133-35. Ramiro de Maeztu.

abuelito: «No te acerques ahí, que te vas a caer en el estanque y te van a comer los cocodrilos». Y le dice el niño: «Anda, abuelito, si cocodrilos sólo hay en el Nilo». Claro; ven al doctor Rodríguez de la Fuente y están despabiladísimos. Se les forma pedagógicamente, los libros de enseñanza son magníficos, con procedimientos para quien tiene una memoria auditiva, una memoria visual. Pero ¿quién forma a nuestra juventud en la voluntad? Nadie. Y, sin embargo, ésta es la primera tarea en la educación. Pío XII decía: «A una voluntad rica en ideas responda el joven con una voluntad fuerte y dócil» (5). Sobre esto no trabaja nadie. Hay que coger a nuestros jóvenes y formarles la voluntad, y esto supone esfuerzo, supone trabajo, supone lucha, y un educador debe ir por delante. En definitiva, ahí está el problema, que como no estamos dispuestos a exigirnos nosotros, no les exigimos a ellos, y en lugar de encerrarnos para unos Ejercicios Espirituales serios, profundos, metódicos, en una estructura de silencio, organizamos un espectáculo musical donde todo es folklore, donde los chicos hablan, gritan, juegan, llevan guitarras y de ahí salen vacíos. O se les predica sobre cuestión social para matar un vacío interior que tienen inmenso, un deseo de trascendencia que hay en el hombre, que tienen ansias de Dios; y a veces ocurre que un joven se pone en manos de un sacerdote y éste le manda trabajar en algo para lo cual ya militó en un partido político y se quedó vacío después de una huelga. Y ahora que viene a un centro católico se le dice que dedique sus energías a luchar por lo social. Esto no le llena. Hay que exigir con método y con sentido común. Paso a otro ejemplito que nos muestra la lucha generacional en el campo de lo religioso, pero que prueba la necesidad del sentido común. Vi un día al famoso Jesuita. Padre Manuel García Nieto, que ya ha empezado a vivir (está en la eternidad), un santazo, discutir en las escuelas de Cristo Rey de Valladolid con un sacerdote joven. Este le decía al P. Nieto: «Hoy la juventud es más auténtica que antes». Contestó el P. Nieto, que dicen que era tan santo como feo, y feo, era feísimo —realmente en estado glorioso en el cielo no habrá quien lo reconozca—: «¿Qué es más au-

(5) *Hora de los laicos*, pág. 53; Pío XII (*A los Consiliarios*, septiembre 1953).

téntica? ¿más auténtica? ¡Ande, ande! Antes venían los seminaristas y decían: "P. Nieto, tome usted, que he recibido un paquete de comida, y como tiene usted sus pobres, déselo a ellos". Y eso ocurría en la época del hambre. Ahora hablamos todos de la justicia social, de la igualdad, del amor, de la justicia distributiva. Resulta que ahora los seminaristas no me dan nada y se gastan un dinerito en tabaco». El sacerdote joven le replicó: «No hay que ver en esto la autenticidad, Padre; ahí tiene usted a fulano, que ha dicho en la homilía en Santander que se han escandalizado en Madrid porque en la Universidad han arrojado un Crucifijo desde un piso al suelo. Todo el mundo se ha rasgado las vestiduras en un acto de reparación y se rasga las vestiduras en eso; mientras hay españoles que pasan hambre y que son Cristos vivos y nadie se escandaliza por ello. ¡Por eso hay que ser muy auténtico!». Dice el P. Nieto: «Para eso lo que hay que ser es un poco imbécil. Porque, mire usted, si a un español que está en Alemania le pegan una bofetada, nos quedamos todos tan campantes; y es una representación viva de la patria; pero si nos rompen la bandera, que es un trapo, se organiza una protesta diplomática. Y es que tenga usted en cuenta que no hay que mirar a quien han dado el golpe, sino a lo que representa. Ya sabemos que el Crucifijo es una imagen solamente de Cristo, pero representa al mismo Cristo». Y dijo el otro: «Pues sepa usted, P. Nieto, que eso lo ha dicho fulano de tal, que es el alumno más inteligente que ha tenido usted en Comillas». Respondió el P. Nieto, y para mí fue una gran lección: «Bueno, pero, como todos los inteligentes, tiene muy poco sentido común». Y el sentido común práctico nos falta a la mayoría de los españoles. Es triste que el enemigo se meta capilarmente por todos los reductos y llegue al pueblo sencillo con una simple frasecita como «la religión es el opio del pueblo». Y frases como ésa han minado la Iglesia. Y en cambio nosotros no sabemos encontrar antídoto para minar el comunismo, marxismo, masonería, y todo lo que suponga peligro para nuestra fe. No sabemos tener sentido común. Yo aquel día recibí una gran lección, y pensando en mis alumnos, que eran como enemigos, porque los trataba con una mística de exigencia a ultranza, me dije: «No, los tengo que tratar democráticamente. Se vive en democracia en un país donde uno manda y todo el mundo hace lo que

quiere el que manda, y eso es la democracia. Lo que pasa es que hay que apañárselas para que el que obedece crea que hace lo que él quiere. De esta manera ahora llego a mis alumnos y no se me ocurre decirles: «De este libro me tenéis que hacer todos un trabajo, para lo cual tenéis que comprar el libro». Si digo esto, se organiza la marimorrena. No, no. Yo llego con un libro forrado, que no se le vea el título, ni nada, y les digo: «Os traigo aquí un libro, que perdonadme que lo traiga tan forrado, pero es que dice, aquí en la contraportada, el autor: "Este libro no debe ponerse jamás en manos de adolescentes"». Por lo tanto, voy a leerlos solamente un pequeño capítulo. "Cuándo un beso va pasando de la afectividad a la sensualidad y a la sexualidad". Después de leer aquello, lo comentamos. Cierro el libro, termina la charla, se levantan todos, vienen y me dicen: «Oiga, ¿no podemos leer ese libro?». «No», «Por favor, denos usted el título del libro». «No, yo tengo que respetar los derechos del autor». «¡Pero si nosotros sabemos más que nuestros padres!». «Sí, sabéis más que vuestros padres, pero es que aquí dice unas cosas —y se lo pongo todavía más atractivo— que ni vuestros padres ni vosotros las debéis saber». «Hombre, pero mire urted». Se acerca un ordenanza. «Oiga, a lo mejor yo lo podría leer». «¿Cuántos años tienes?». «Veintidós». «Mira, a ti sólo puedo dejarte leer el libro, pero si me prometes que no se lo dejas leer a nadie» (porque yo he visto en el Evangelio que el Señor prohibía decir las cosas, y basta que las prohibiese para que se divulgasen, luego hay que prohibirlas para que las divulguen). Por supuesto no le di el libro, sino todos los datos editoriales, y el chico me prometió nuevamente que sólo lo leería él. A la semana siguiente, nada más entrar en clase, leí en los ojos de todos mis alumnos picarescos: «¡Eh!, ya hemos leído el libro, no se crea que no». Viene uno de los más lanzados y me dice: «¿Va a leer algo de ese libro que trajo el otro día?». «No, no voy a leer ninguna cosa». «Vaya, que pena, pues parecía un libro muy interesante». «¿Sí?», yo me hago el tonto. Pero dice un adagio chino que la influencia de los ríos más caudalosos está en que, poniéndose por debajo de los afluentes, se engrosa con sus aguas. Por consiguiente, hay que humillarse para ser ensalzado; y esto es la democracia. Hay que hacer creer que hacen lo que ellos quieren y en realidad hacen lo que a mí me parece oportuno

para llevarlos a Dios. Y ésas son mis clases de sociología. Una vez que un chico es conquistado, de la mística de la exigencia hay que pasar al espíritu de combate. Hay que lanzarle a luchar por la idea, porque «las ideas solamente se entienden cuando se viven y dejan de entenderse cuando dejan de vivirse» (6), y «el hombre que no actúa como piensa, termina pensando como actúa» (7). Si un chico piensa que puede vivir puro, pero no vive en pureza, entonces acaba pensando como actúa y terminará creyendo que la pureza es imposible al hombre. Cuando los chicos se esfuerzan por las ideas las aman. Tienen que sufrir, hay que mandarles combatir. El español, para que sea auténticamente español, si no tiene enemigo, lo debe buscar; pero como tiene enemigo, primero dentro de sí, hay que hacerlo luchar contra esos enemigos interiores y que venza la pereza, la lujuria, la ira, la soberbia, todos los enemigos internos que tiene y, después, que se lance a vencer la masa, la reacción de la masa, vando a la conquista de los demás y que se busque campañas de todo estilo, campañas antipornográficas, campañas para llegar a un quiosco y decirle a la señora que retire las revistas porque está haciendo daño. Cuando más joven es el chico, mejor. Como aquel que llegó a un estanco y dijo: «Por favor, ¿me da usted una postal?». La pagó y delante de la señora y de todos los que estaban allí la rompió. La señora le preguntó: «chico ¿por qué haces eso?». «Porque con esto está usted haciendo un daño tremendo a la juventud». «Pues no las mires». «No, si no las miro, pero mis amigos no tienen la misma fuerza de voluntad que yo y sí las miran y usted está haciendo daño.» Se marchó y luego lo contó en una reunión diciendo que al día siguiente la señora había quitado todas las postales que tenía y había puesto una imagen de la Virgen del Carmen. Y el chico se crece y, en esa capilaridad que decíamos antes que se necesita, él empieza a dar un codazo a su amigo, porque cuando nieva podemos todos protestar y decir: «¿Qué hace el alcalde de Madrid, que no echa sal por las calles? ¡Esto está indecente!». Podemos, en lugar de maldecir las tinieblas encender una lucecita y empezar a barrer un trocito de acera

(6) *Forja de hombres*, pág. 94; Tomás Morales, S. J. *Studium*, 1968.

(7) Id.

cada vecino y la calle estará limpia. Vamos a empezar a reformarnos. El chico que reforma a los demás y empieza a reformar a los que tiene alrededor nos ha hecho sufrir tremendamente en nuestra Insituación. Tremendamente, porque no era comprendido. Hace unos años me llamó un Obispo y me dijo: «Mira, Abelardo, tus chicos avasallan y este método quizá esté bien en una capital grande, pero en una ciudad pequeña y sencilla como ésta no está bien lo que estáis haciendo, entrando por las tiendas para hacer una campaña pro moralidad, hablando cuando veis a una pareja en mala actitud, que, aunque sea con discreción, se ha corrido por toda la ciudad y está cayendo muy mal». «Sabemos que estamos cayendo mal, señor Obispo, pero aunque esta ciudad está tan serena, es posible que dentro de unos años un día le vengan a usted a quemar el palacio o que lo apedreen en coche. Ese día mirará usted alrededor buscando feligreses que le defiendan, y como no estamos acostumbrados los católicos a estar en plan de combate, en plan de lucha, sino que estamos adormecidos, ese día los católicos no lucharán, no harán campaña ninguna, mientras el enemigo sí las hace». El Obispo me dió la razón y me dijo: «¿No has pensado nunca en hacerte sacerdote? ¡Realmente, qué bien harías siendo sacerdote». Y me añadió: «Si quisieras ser sacerdote, te haría diácono en el acto».

No me puedo extender porque se nos acaba el tiempo y hay que ser puntual. El cultivo de la reflexión. Al joven hay que ayudarle hoy a encontrarse consigo mismo, con los demás y fundamentalmente con Dios, y para esto hay que hacerle reflexivo. Hoy los procedimientos de la educación, los sistemas de estudio, los medios de comunicación social, el aturdimiento en que vivimos, tiene a la gente fuera de sí, no es capaz de reflexionar por cuenta propia. Hay que buscar momentos de silencio, ponerle al chico en contacto con el silencio, hacerle gustar del silencio; y entonces esa juventud hace maravillas de la Gracia de Dios, hace auténticos contemplativos. En la última tanda de ejercicios que yo he dado de siete días me he encontrado el siguiente caso. Una noche me dijo un muchacho cuando se quedaban haciendo media hora de oración después de que les hablaba yo —por que ya he dado 72 tandas de ejercicios espirituales internos, siguiendo estrictamente el método ignaciano, con silencio, de manera que no

dejo a nadie hablar y si veo a alguno hablando, «aquí, lo que se dice, se hace», se le invita a marcharse: «Podría quedarme esta noche un rato más?». Al día siguiente me encuentro un papelito llamándome a la habitación urgentemente, y me dijo: «Quería consultarle una cosa que anoche me ha pasado». «¿Qué te ha ocurrido?». Me quedé en la Capilla y estaba haciendo la oración, y de repente empecé a sentirme envuelto en un amor de Dios inmenso, que me rodeaba, me envolvía, que se metía por todas mis entretelas, y de repente empecé a perder el dominio de mi cuerpo y entré en una especie de ingravidez, aunque tenía sentido de todas las cosas, tenía conocimiento, pero con el cuerpo no podía y empecé a levantarme». Yo les había hablado del P. Llorente, el misionero de Al. ~~que en una tanda de ejercicios nos había dicho que temía el momento de intimidad con Jesús, porque pasaba del terreno de la fe al de la visión, y decía el P. Llorente: «No te me aparezcas, Señor, no te me aparezcas, no te me aparezcas».~~ Porque les hablo siempre que hay muchísimo más mérito en la fe que en la visión. El P. Nieto decía: «Si a mí me dijeran: "P. Nieto, P. Nieto, baje a la playa de Comillas que se ha aparecido Cristo", les respondería: "No voy, pierdo mérito; aquí carísimos, al Sagrario, al Sagrario, está aquí, aquí"». Les había contado yo esto, y este chico me dijo: «Es que me elevaba, y entonces comencé a decir: "No te me aparezcas, no te me aparezcas, no te me aparezcas", y ya por fin salí corriendo de la Capilla». Esto, si hay aquí personas especialistas en la contemplación, varán que en este chico se iniciaba un éxtasis. Pero no es caso extraño. El hijo de un famoso doctor de Madrid, que en su casa tiene cuatro televisores, se viene a nuestra residencia buscando un Sagrario, y ante él se pasa las horas y deja los televisores y está allí quieto en oración. Multitud de muchachos buscan hoy la contemplación, una oración de quietud y amor. Cuando comienzan las tandas de ejercicios, les digo a los chicos: «Mirad, no busquéis consuelos; venimos a consolar a Dios, que es tu Padre». Entonces les cuento lo que me sucedió aquí en esta bendita tierra valenciana, donde hace cuarenta y un años que yo no venía, pero donde pasé la guerra, porque me trajo aquí mi madre, evacuada, y aquí vino a morir mi padre y aquí está enterrado en Cullera. Un día que iba yo con mi padre, enfermo, porque vino a Cullera a morir, nos sorprendió una tormenta y mi padre me cogió entre sus

brazos para protegerme de la lluvia y me envolvió en su chaqueta. El iba empapándose. Yo me puse a llorar y mi padre trató de consolarme diciéndome que no tuviera miedo. Contesté: «No papá, no lloro porque tenga miedo, sino porque estás enfermo y te estás mojando por mí». Al oír esto, mi padre se achó a llorar. Y les digo a los muchachos: «Nuestro Dios es un Dios tan grande, que se baja tanto que se hace digno de compasión y hay que amarle, y tú vienes aquí nada más que a dejarle el gozo de estar unos días delante de El y que El esté contento teniendo a sus criaturas delante». Y los chicos entienden esto y se quedan en auténtica contemplación. En una tanda que celebrábamos en una casa de la Compañía estaban los Jesuitas preparando la Congregación General y me llamó un provincial para decirme: «¿Qué haces?». «Nada». «Es que estos chicos están en un silencio impresionante». «Lo único que hago es lo que me enseñaron ustedes». «¡Si les ves perdidos delante de los Sagrarios!». Le contesté: «Buscando a Dios, que apetecen; eso es lo que la juventud necesita y ustedes han abandonado; y afortunadamente el Espíritu Santo suscita otras instituciones en la Iglesia para que lo hagan. Estos chicos oran, van amando a Dios y van aprendiendo a amar a la Santísima Virgen». En esta última Campaña de la Inmaculada les dije un día en una reunión: «A muchos de los carteles que habéis puesto en la calle, pasáros por Bravo Murillo, y los veréis; les han puesto una nubecita, como si fuese una viñeta de tebeo, que sale de la boca de la Virgen y que dice: "Yo también soy adulta"». A aquellos chicos se les veía en la cara un gesto de dolor, y al día siguiente, en plena lluvia, se empaparon de agua pegando carteles y se machacaron por las calles de Madrid con las manos ateridas, heladas, todo el domingo tapando los carteles que habían estropeado y buscando otros nuevos. Cuando alguno dice: «Esto es un espectáculo triunfalista, esto es volver a la Iglesia constantiniana», les contesto: «Esos carteles se pegan, primero, para probar el espíritu de combate del chico dando la cara por Madrid, y, segundo, para dejar testimonio de que todavía hay quien se atreve a hacer eso por la Virgen y que hay una juventud dispuesta al heroísmo». La pena es que no haya dirigentes para coger a esos chicos y exigirles suavemente, obligarles suavemente, pero obligarles, porque decía Oliveira Salazar que «a los hombres, como a los pueblos hay que obligarles suavemente a entrar por los caminos de

salvación», pero obligarles. Y Dios lo hace con nosotros, porque la cantidad de fracasos que tenemos en nuestra vida, ¿no son Gracias de Dios, que, en su Providencia, nos va obligando a entrar por caminos de humildad, para llevarnos a caminos de salvación, porque tendemos constantemente a la soberbia que nos ha dejado el pecado original? Sí, Dios obliga también.

Con esto acabo mi intervención de ahora: una mística de exigencia, un espíritu combativo, un cultivo de la reflexión y un ejercicio de la constancia, que me quedaría por puntualizar, sabiendo que para hacer esto hay que amar mucho y tener mucha fe. No tenemos que tener ningún complejo. Los católicos tenemos que armarnos de fe; de aquella fe de Abraham, que creía que Dios podía resucitar a los muertos; de aquella fe de Job, que, viendo todo hundido, decía: «El Dios que me salva está vivo», y no salía pecado de su boca; o de aquella fe de David, que le arman con yelmo, con espada, con armadura, y como no se podía mover, va frente al enemigo sin nada diciendo: «Tu vienes a mí con lanza y espada, pero yo voy a ti en el nombre del Señor», y con el primer guijarro mató al gigante. Lo que ocurre es que hoy, como no hacemos oración, tenemos perdida la fe y, desgraciadamente, no se predica así. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que podía hacer un sacerdote con la homilía, con una predicación sistemática en la Iglesia, aunque a la Misa no vayan más que un 10% de los bautizados? Si esas 400.000 personas que cada semana reciben sistemáticamente la palabra de Dios en Madrid, que salieran a la calle a hablar de la vida eterna, ¡la de conversiones que podían lograr! Pero se les ha hablado de sociología porque es más fácil. Se ha convertido la Misa en un espectáculo folklórico en lugar de insistir sobre el sacrificio, y ahí se pone la línea horizontal sobre la vertical, porque le es más fácil al sacerdote hacer esa predicación. Pero, en medio de todo este ambiente que estamos viendo, se puede trabajar con nuestra juventud, y lo apetece, y lo desean multitud de almas y de padres de familia y de gente que está dispuesta a actuar.

El resultado final de estas charlas que hemos tenido aquí, de este encuentro de Amigos de la Ciudad Católica, es que esto hay que proyectarlo en capilaridad, tenemos que hacer ver la necesidad de reunirnos. Yo a Speiro le tengo una gran gratitud, porque muchos

de estos chicos, los trabajos que les piden en los Institutos o en las Universidades, los hacen a través de los libros de la Editorial Speiro y se defienden ahí y los divulgan. Pero no solamente hay que pedirle esto, sino que junto a una labor de categoría intelectual hagan esta otra de sentido común, en la que colaboren todos con *slogans* que pensamos, cosas que hacemos, cartas que escribimos, artículos que recortamos, y centralizar para descentralizar después y que por vasos capilares llegue la acción a todas partes, y al mismo tiempo colaborar con aquella institución católica que se está moviendo y a la cual hay que comprender, hay que hacerle entender que no está sola. ¿Que los padres de familia se están moviendo? Pues hay que ayudarles a seguir. Aquí está el doctor San Juan, que ha tenido una intervención, anterior a mí, fabulosa. Su institución, Asociación Pro-Respeto a la Vida Humana, trabajando en Barcelona, cuenta ya con canales de radio, con programas de televisión; a éstos hay que animarlos, colaborar todos, extenderlo, que no sea local, en nuestras provincias también se pueden hacer cosas. Hay que dejar lo especulativo e ir a lo práctico. Hay que trabajar, porque el enemigo está trabajando incesantemente. Esto es lo que tenemos que hacer, trabajar y hacer que los demás trabajen. Vale más encender una luz que maldecir de las tinieblas; todo el mundo puede encender su lucecita. Pues hagamos esto con fe y con amor. Ustedes están en una disposición magnífica de hacerlo, porque para poder meter esta mística de exigencia, este espíritu combativo, lo que hace falta es muchísimo cariño, porque sin amor nada se puede hacer.

Yo amo a mis muchachos con toda el alma, tremendamente; me hacen llorar, me hacen llevarme unos disgustos tremendos, pero me dan unos consuelos fabulosos. Es importantísimo el querer. ¡Y cómo no vamos a querer si para eso encontramos a Cristo en la oración y los jóvenes son otros Cristos que sufren, un Cristo que desde mi corazón me lo pide prestado, porque Dios no tiene otra boca para hablar que la mía, ni otros brazos para abrazar que los míos, ni otras piernas para caminar que las mías, ni otros ojos para mirar con dulzura que los míos. Esto lo podemos hacer todos. Yo amo a los chicos y la doctrina del amor resuelve conflictos generacionales. Acabo con el último ejemplo. Uno de estos muchachos, alumno de Magisterio,

hace unos meses, iba un domingo, un trágico atardecer de domingo, por las calles de Madrid; iba hacia su casa, y al pasar por un solar, le sale una de esas pandillas que tanto proliferan hoy. Se acerca uno y le pide un duro. «No tengo». Le cogen por el cuello. «Que nos des un duro». «No tengo». Empiezan a apretarle. Mete la mano en un bolsillo y dice: «Tomad, os doy lo mejor que tengo», y les da un crucifijo. Se quedan aquéllos mirando y el crucifijo va pasando de mano en mano. El, sin perder la calma, sin alterarse, contentísimo, como me lo contó a mí, les dice: «Mirad, es que es mi valor, todo el precio, la perla que había encontrado, porque yo hasta hace unos años era como vosotros, pero resulta que en unos Ejercicios Espirituales me encontré con Cristo y precisamente iba pensando en lo trágicas que eran las tardes de domingo para mí y lo contento que voy ahora. Vengo de tener una reunión con un grupo de muchachos, hemos hablado de deporte, de nuestros problemas. Así no podéis ser felices». Y entre tanto los otros seguían pasándose el crucifijo entre las manos. Al fin, dijo: «De todas maneras, os he mentido, porque me habéis pedido un duro y os he dicho que no tenía; y era verdad, porque un duro suelto no tenía, pero tomad el dinero que llevo». «No, déjalo, si ha sido una broma que te queríamos gastar». «No, no, si necesitáis dinero, cogedlo, pero no asaltéis a otro y le deis un susto al hacer estas cosas». «Que no, que de verdad no queremos el dinero». Entonces les preguntó cómo se llamaban, dónde vivían y, al final, se despidió de ellos. Les dio a todos un apretón de manos, y cuando ya había andado diez metros, se vuelve y les dice: «Perdonadme un momento. Se me ha olvidado lo mejor: confesaos, confesaos». Y dijeron los otros, convencidos, no en plan de burla: «Descuida, que lo haremos».

El amor mina todas las bases de la sociedad. Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor (Juan de la Cruz); por lo tanto, el fruto final de mi conferencia, empalmándose con la maravillosa que hemos tenido antes de la señorita Elisa, sale del amor de Dios y del amor de la Santísima Virgen, del Amor del Corazón de Jesús, adonde tenemos que acudir, que hemos abandonado la fuente de la oración aun nosotros los católicos que estamos aquí. En esto ya sale mi dureza de formador. En estos días he visto poca gente haciendo oración,

y está aquí un Sagrario hermoso en la Iglesia; no es suficiente con asistir a la Misa y rezar el Rosario. Ayer nos dijo el señor Obispo (don José M.^a G.^a Lahiguera) que hay que rezar, y rezar mucho. Hoy hace tres años que subió al cielo la Madre Maravillas de Jesús, contemplativa Carmelita Descalza, a la cual se debe la fundación del convento del Cerro de los Angeles. A ella le dijo el Corazón de Jesús: «España se salvará por la oración» (8). La oración mueve montañas. Vamos en el nombre del Señor, no estemos acomplejados. Ahora, si dejamos la oración, buscaremos armarnos de sociología, de psicología, de pedagogía y de todas las «ías» de este mundo, que no sirven para nada, porque Dios se ríe de la inteligencia humana, que es necedad para El, aunque para nosotros sea la cumbre de todas nuestras vanidades.

(8) *Si tú le dejas*, B.A.C., 1977.